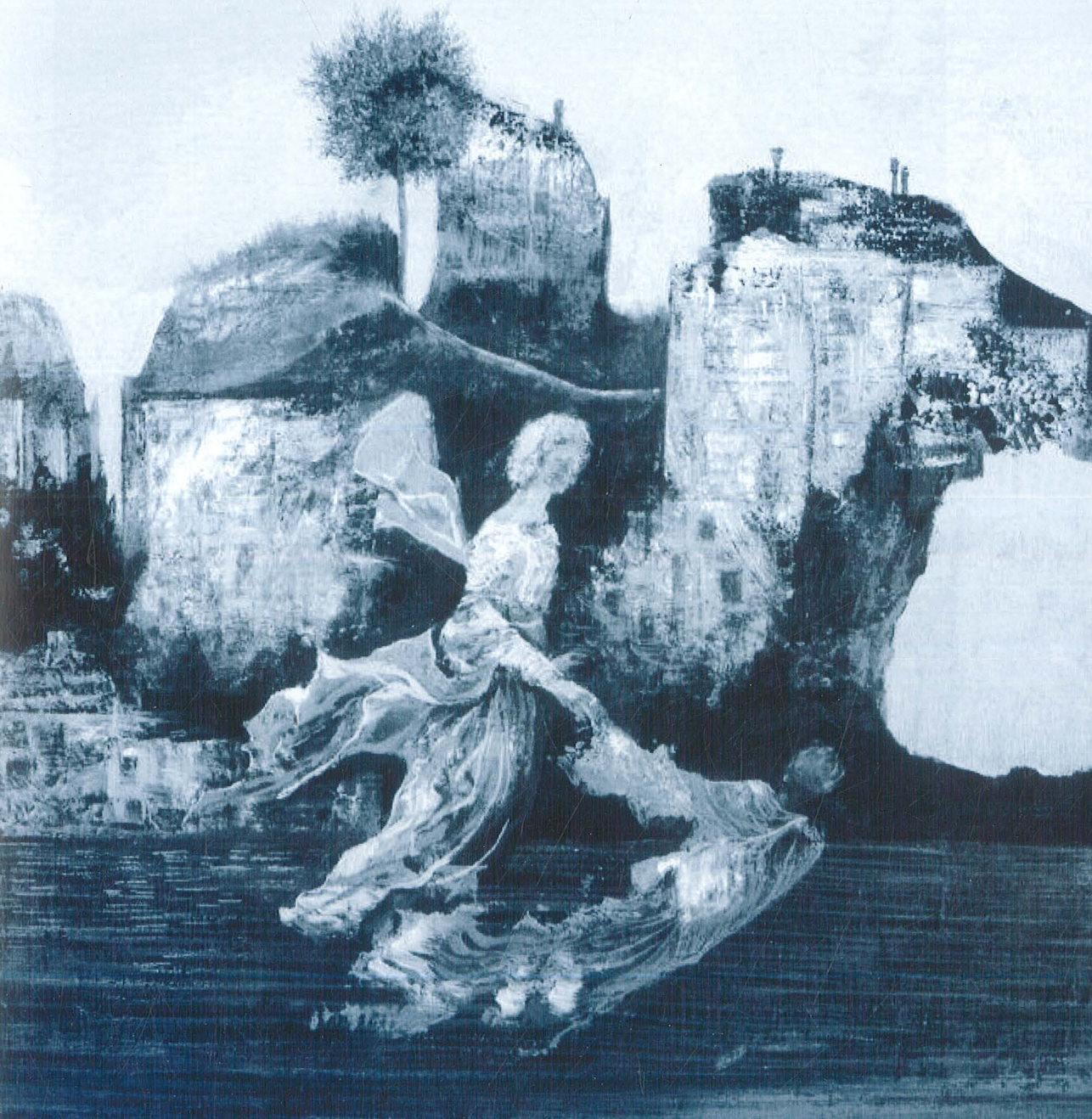
# Blas de Otero

*Caballero Bonald*

Solía estar como confinado en una especie de retiro espiritual que no admitía ni copartícipes ni interlocutores. Vasco de altos hornos viscerales, abominaba de los efluvios eclesiásticos y las fanfarrias castrenses que exhalaba la sociedad a la



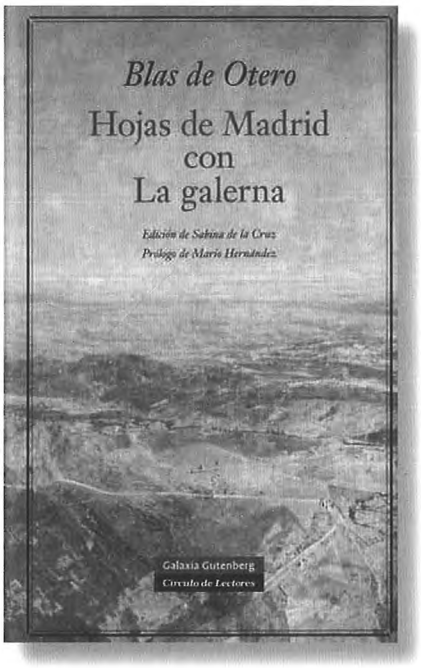
*Gabriel Celaya, Blas de Otero y J. M. Caballero Bonald (San Sebastián, 1971)*

que pertenecía. Se hizo comunista como podía haberse hecho anacoreta. Viajó por medio mundo y entendió que ese medio mundo poseía una presumible capacidad de sugerencias, si bien subordinadas a las condiciones objetivas. Parecía estar siempre memorizando esos versos alados oriundos de las literaturas clásicas, de los cancioneros populares, poco a poco permutados en simientes de las que luego brotarían magníficos frutos reinventados en su propia obra.

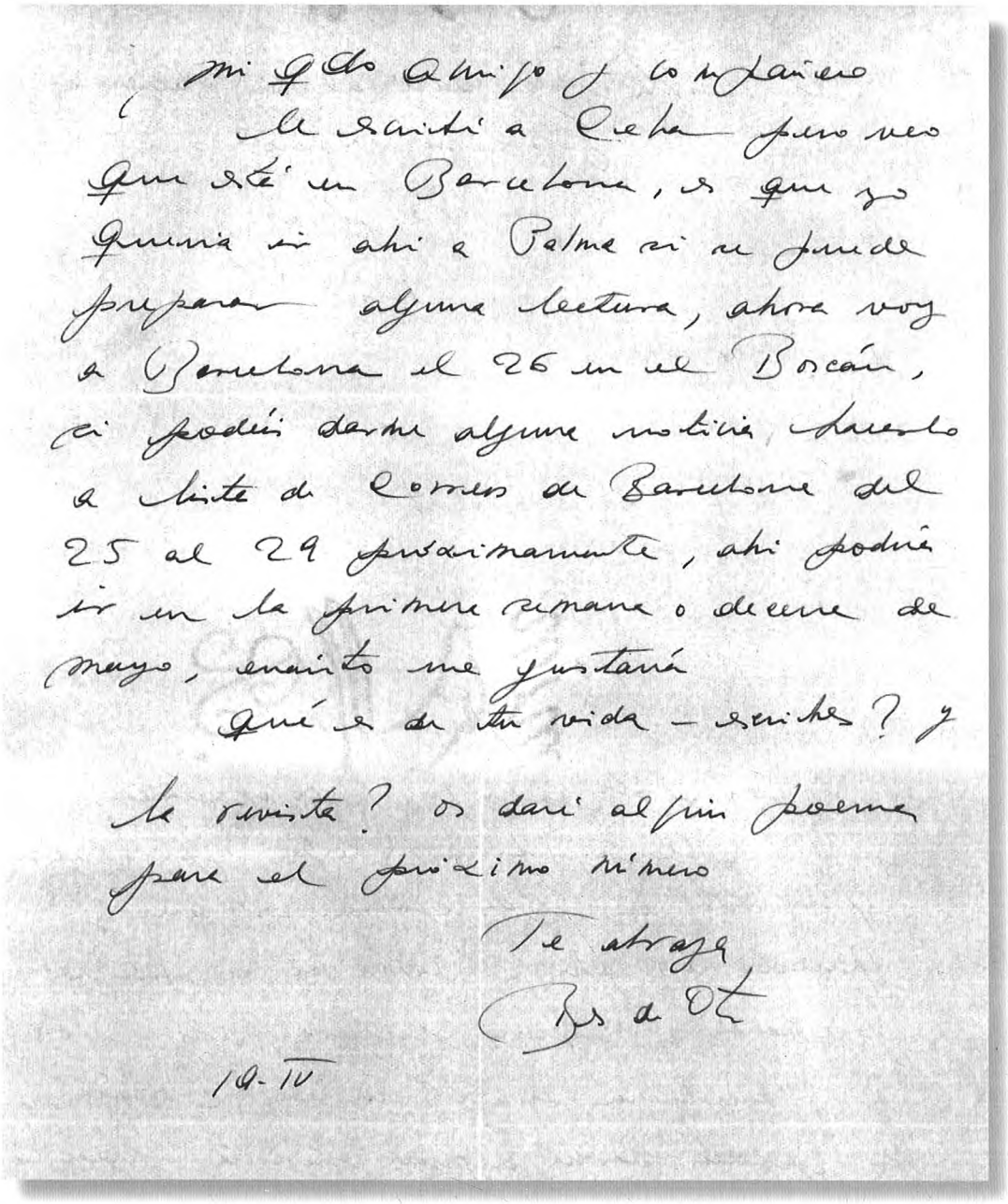
Sufrió depresiones acumulativas y felicidades frágiles y esa alternancia de decaimientos y exaltaciones se convirtió en el nutriente secreto de una de las poesías más reales, surreales, interiorizadas, desveladoras, radiantes de la literatura española del siglo XX. Desde Juan Ramón Jiménez, desde César Vallejo, desde Lorca, desde Neruda, no ha existido en nuestro círculo idiomático un gestor de palabras poéticas tan feraz como Otero. Me refiero muy especialmente a ese libro excepcional, compuesto de consecutivos espacios fundacionales, que es *Hojas de Madrid con La galerna*, póstumamente editado por Mario Hernández y Sabina de la Cruz, su viuda, su valedora. Yo creo que ni el propio Blas era consciente de la trascendencia de ese libro, ya que en ningún momento se preocupó de publicarlo en vida.

Conocí a Blas hacia mediados de los años 50, en una especie de piso franco que tenía el pintor Paco Rebés en la barcelonesa calle Milanesado, donde él vivía desde hacía algún tiempo y donde yo pasé también una temporada. No atravesaba entonces el poeta por una buena racha, pero me identifiqué de modo muy efusivo con su retraimiento, su severidad, su desamparo, esa furtiva manera de ser introvertido y de disponer de una cierta noción sacral de la poesía. Con nadie he compartido tantos silencios locuaces como con él. Alberto Puig Palau –un empresario de la burguesía ilustrada catalana- se había erigido en su protector y creó casi para él la Editorial A.P., donde aparecieron juntos, con el sincopado título de *Ancia*, los dos libros hasta entonces esenciales de Blas -*Ángel fieramente humano* y *Redoble de conciencia*-, más un buen número de poemas inéditos.

Blas se pasaba largo tiempo recostado en su cama mirando para la pared, en una actitud directamente emparentada con el trance místico, sólo que en versión agnóstica. Salía de esos baches, como es habitual en los ciclotímicos, con una inocultable tendencia a participar en los goces del vivir. Alguna vez salí con él a callejear por aquellos alrededores, pero eran unos paseos silentes y tediosos que quizá no nos beneficiaban demasiado. Me apenaba verlo sucesivamente abatido y expansivo, cada vez más necesitado de que le solventaran las más usuales reclamaciones de la vida. No creo que él fuera capaz de poner coto por propia iniciativa a tan reiteradas averías psicológicas.




Blas se fue poco después a la Unión Soviética y tardé bastante en volver a verlo, cosa que ocurrió casi siempre fuera de España: en París, en un acto sobre la cultura española organizado por la Mutualité; en la conmemoración en Collioure del vigésimo aniversario de la muerte de Machado, y sobre todo en La Habana. Nunca dejé de respetar su independiente adhesión crítica al partido comunista y siempre me sentí muy cerca de su obra poética. Tal vez me abrumase en según qué circunstancias la obstinada apelación al rostro "puro y terrible de la patria", pero mi devoción por sus poderosos aparejos verbales continúa siendo inconmovible. Comparto sin fisuras no ya las palmarias innovaciones de la poesía de Blas sino sus sabios reajustes de la tradición, allí donde la enseñanza de la cultura clásica se



Mi gdo amigo y compañero
Te escribí a Celia pero veo
que está en Barcelona, es que yo
quería ir ahí a Palma si se puede
preparar alguna lectura, ahora voy
a Barcelona el 26 en el Boscán,
si podéis darme alguna noticia hacerlo
a Lista de Correos de Barcelona del
25 al 29 aproximadamente, ahí podría
ir en la primera semana o decena de
mayo, enanito me gustaría
Qué es de tu vida – escribes? y
la revista? os daré al fin poema
para el próximo número
Te abraza
Blas de Otero

10-IV

*Carta de Blas de Otero a J. M. Caballero Bonald (Abril, 1955)*

fusiona con elocuciones del más operativo rango popular y con muy sugerentes juegos sintácticos, léxicos, fonéticos. Qué noble poeta infortunado, hostigado por sus propios disturbios interiores y sólo tal vez de acuerdo consigo mismo cuando cesaron sus difíciles peregrinajes y encontró, gracias a Sabina de la Cruz, satisfactorio acomodo en Madrid.

Una tarde habanera, cuando dudaba yo entre encarar o rehuir el azote tórrido de la calle, decidí bajar al bar del hotel y allí me encontré no sin alguna sorpresa con Blas de Otero, que tenía un aire como de fugitivo de alguno de sus secretos habitáculos. Sabía que andaba por La Habana un poco desvalido, bastante malcasado y presumiblemente sumido en alguna de sus intrincadas controversias vitales. Aunque me había propuesto localizarlo, no supuse que iba a dar con él de ese modo: en un bar invadido por gentes inciertas y absorto en la contemplación de una copa vacía. No me acerqué de inmediato, sino que me dediqué a vigilar su inmovilidad, pero su inmovilidad no daba realmente para muchas vigilancias.

Cuando finalmente nos encontramos, me pareció que Blas disponía de una capacidad comunicativa bastante más notoria de lo que en un principio imaginé, quiero decir que debía de estar atravesando por la fase efusiva del deprimido intermitente. Callejeamos casi a diario por La Habana vieja, por la Rampa, por el Malecón. Estaba pensando entonces seriamente en su regreso a España y a mí me pareció que, habida cuenta de sus apuros y conflictos más elementales, eso era lo mejor que podía hacer. Tampoco sé de qué vivía Blas entonces, me imagino que de alguna esporádica colaboración literaria y de la ayuda discreta de la representación del PCE en Cuba, cuyos dirigentes eran dos viejos y bondadosos camaradas.

Blas había publicado en La Habana una compilación vehemente de sus poemas y canciones de temática civil o política, que eran muchos y de muy vario calibre. La bautizó con un nombre prósico, *Que trata de España*, y ahí se podía revisitar esa extraordinaria pericia del poeta para dotar de una nueva significación ciertos giros originarios del habla coloquial. De la interiorización de esos modales expresivos se desglosaba con manifiesta nitidez la pertenencia del poeta a una tradición que, aun estando nutrida de clasicismo, o derivando de una genealogía de cuño neopopular, se regeneraba a cada paso hasta adquirir una enteriza autosuficiencia y, más que nada, una especie de conjunción de la épica y la lírica poderosamente eficaz.

Blas volvió de La Habana poco después que yo. Se hospedó en un hotel del madrileño Paseo de la Florida, y allí me citó no más llegar. Estaba algo abatido o quizá fatigado y parecía esforzarse por encubrir el desánimo con una sonrisa apacible. Me leyó con convicción, casi susurrando, algunos poemas nuevos, y esa convicción suya se transfirió de inmediato a mi capacidad receptiva. Tuve la sensación de que estaba oyendo, asimilando, el más notable segmento de las muchas excelencias de la poesía de Blas. Aquellos poemas habían sido escritos preferentemente en La Habana y pertenecían a *Historias fingidas y verdaderas*, pero –sobre

todo- a *Hojas de Madrid con La Galerna,* sin duda uno de los dos o tres libros más eminentes de la poesía española contemporánea. También es uno de los que más he releído y más me siguen seduciendo.

Pendiente en todo momento de una musicalidad de extraordinaria lucidez, Blas de Otero va hilvanando el texto como si se tratase realmente de una breve obra instrumental ideada para acentuar la sugestión. El poeta es consciente de esa posibilidad y maneja las contingencias musicales del poema con una indesmayable destreza. Es como si no buscase esos alardes formales, sino que los fuese encontrando de modo espontáneo, allí donde la acertada combinación de los fonemas, las mismas claves rítmicas, constituyen un manifiesto atractivo adicional.

Otero atiende desde un principio con minuciosa, obstinada prioridad al uso selectivo de las palabras, sabiendo que son esas palabras las que van a sostener el andamiaje esencial del poema, su estructura, su eficiencia en tanto que construcción verbal. La expresión prescinde así de inútiles gangas, funciona como una teoría de iluminaciones, proyectando en un fértil sistema comunicativo todo su potencial de sugerencias. El pensamiento lógico ha quedado supeditado al ejercicio textual de la intuición.

La poesía de Blas de Otero supone un hecho lingüístico que alcanza su máxima relevancia en los apasionantes meandros estéticos de ese gran río de iluminaciones que es *Hojas de Madrid* con *La galerna.* El poeta alcanza aquí una maestría verbal incontestable, inconfundible. Va ampliando el campo de sus búsquedas –"abriendo surcos nuevos, no escuchados", diría evocando quizá a Rimbaud- y posibilita en todo momento esa síntesis de religiosidad, épica combativa, fusión de espacios exteriores e interiores, fervor militante, ética existencial y sensibilidad extrema que hacen de su poesía un episodio de emocionante singularidad en los anales de nuestra literatura.